




LITERATURA
«NO BASTA LA
INDIGNACIÓN». AFIRMA
VICTORIA CAMPS,
PREMIO NACIONAL
DE ENSAYO **P48**

SOCIEDAD
LA ONCE ENTREGÓ
ANOCHÉ EN LOGROÑO
SU 'BASTÓN DE
PLATA' A CRUZ ROJA
DE LA RIOJA **P50**



J. SAINZ

Un tal Rafael Azcona se plantó en Madrid en octubre de 1951, poco antes de cumplir los 25. Era un joven de Logroño con ínfulas de poeta que recaló en el café Varela, lugar de ambiente literario, para sentirse entre iguales y tener la oportunidad de compartir el fruto de su melancolía. Allí le conoció Antonio Mingote, siete años mayor que él, que, si alguna vez perteneció al bando de los existencialistas, hacía ya tiempo que militaba en el único hedonismo al alcance de la calle en aquella España con olor a gallina: el humor. Bajo su ala, Azcona comenzó a colaborar en la revista 'La Codorniz', y en su redacción del Palacio de la Prensa enterró Rafael los versos y se entregó con prometedor talento a escribir artículos humorísticos y a dibujar viñetas cómicas. Había nacido el Profesor Azconovan. Pero ni él, con su natural perspicacia, imaginaba entonces la película que le aguardaba a la vuelta de la esquina. En el semanario con el que colaboraría hasta 1958, antes de comenzar a trabajar con Marco Ferreri y Luis García Berlanga en la industria cinematográfica, antes del inicio de la carrera del gran guionista del cine español que fue, Azcona encontró su estilo, encontró su propia voz. 



Humorista. Viñetas de Azcona en 'La Codorniz', donde desarrolló su estilo cómico como dibujante y escritor.

PEPITAS DE CALABAZA



EL GABINETE DEL PROFESOR AZCONOVAN

Tres libros recuperan las colaboraciones de Azcona en 'La Codorniz' en los 50, antes de dedicarse al cine

Las editoriales riojanas Pepitas de Calabaza y Fulgencio Pimentel rescatan «el Azcona perdido», origen del mejor guionista español

Ahora las editoriales riojanas Pepitas de Calabaza y Fulgencio Pimentel coeditan 'Todo Rafael Azcona en La Codorniz', una colección de tres volúmenes que recoge las colaboraciones literarias y gráficas de Azcona publicadas en la revista entre 1952 y 1958. El primero de la trilogía, que reúne en quinientas páginas los textos de los tres primeros años bajo el título '¿Por qué nos gustan las guapas?' –como uno de los que contiene–, aparecerá en las librerías el 15 de noviembre. En el 2013 verán la luz los otros dos: '¿Son de alguna utilidad los cuñados?', con el resto de artículos (1956-1958), y 'Repelencias', con todos sus dibujos, viñetas y collages.

El objetivo, según los editores, consiste en «recuperar la obra 'perdida' de Azcona y ofrecer a los lectores, no solo una extensa muestra de su talento humorístico, sino también un retrato coral de la sociedad española de los años cincuenta».

«Yo, al llegar a Madrid –recordaba el propio Rafael Azcona–, era un existencialista tremendo. Pensé en dedicarme a la pintura, pero comprendí que era más barato la litera-

tura. El pintor ha de pintar y para hacerlo ha de comprar telas y colores: el literato, con hurtar en un w.c. un rollo de papel y pedir prestado un lápiz así de pequeñito, tiene suficiente. Hurté mi rollo y obtuve mi lápiz».

A lápiz y a máquina, aquel antiguo poeta puso a trabajar al Profesor Azconovan, Arrea, Agencia Azcona, Az. y Repelente, sus seudónimos, «A escribir articulos a setenta y cinco pesetas y dibujar chistes a cuarenta». Y al mismo tiempo, en su habitación realquilada en la calle Fuenarral, empezó a escribir sus primeras novelas. Se estaba fraguando el inigualable sello Azcona.

«Estas aportaciones –explican los editores–, contemporáneas de sus obras más celebradas ('El pisito', 'Los muertos no se tocan, nene', 'Los ilusos', etcétera), no son simplemente las creaciones de un joven desbordado de talento que huye de la mediocridad provinciana para ganarse la vida como escritor, sino que son también el humus, muy enriquecido, de sus posteriores aportaciones tanto cinematográficas como literarias».



Dibujando en el Varela. Azcona, visto por Mingote. :: ABC

'La descojonación', un humor cáustico y absurdo como la vida, que se nutre de lo más popular y se dispara con ingenio inteligente, ilumina su obra en La Codorniz, la misma revista que aquel mozalbete de Logroño compraba desde los quince años en la tienda de Paracuellos.

Salvado por el humor –como titula significativamente Bernardo Sánchez su prólogo–, aquel jovenzuelo que llegó a la capital queriendo ser poeta, creció en La Codorniz; abrió los ojos allí cruzando la mirada entre el café Varela y el ventanal de la redacción, en la misma plaza de Callao. «La Codorniz –cuenta Sánchez– le proporcionó una segunda altura sobre la realidad. Le proporcionó perspectiva, mundología, desenfado, contactos, descompresión, otros trabajos, un dinerillo, una casa, una 'razón social', un nombre, varios nombres y... el cine, claro, el cine: las salas, las películas y, sin haberlo buscado, un oficio definitivo».

En 1956, después de publicar 'Los muertos no se tocan, nene', Azcona recibía en la redacción la llamada del destino. «Bien –contaba él mismo–, allí estaba yo, en aquel palomar del Palacio de la Prensa, con Perdiguerro, Encarnita la secretaria y Marciano el botones, cuando sonó el teléfono y alguien me dijo: 'Somos de Albatros Films y queremos hacer una película con su novela'».

Era de parte del entonces productor Marco Ferreri. Pero esa, efectivamente, ya es otra película.



Personajes dibujados por Azcona para sus viñetas de 'La Codorniz'. «Dibujo porque veía a Mingote dibujar en el café», confesaba. Las ilustraciones aparecerán en el tercer volumen de la serie que recopila sus colaboraciones en la revista. :: LA CODORNIZ

«Aquí nace el humor de Azcona para el cine»

Julián Lacalle Editor

«La mirada única de Azcona descubre el deslumbrante brillo de una sociedad completamente gris»

:: J.S.

LOGROÑO. «En 'Mi vidorra de escritor', refiriéndose a sus colaboraciones en La Codorniz, Rafael Azcona escribía lo siguiente: 'Me encuentro estupendamente haciendo estas cosas: tirarle de la barba a la severidad, a la tristeza, a la melancolía y a la estupidez, es una de-

licia'. Nosotros nos hemos encontrado estupendamente mientras realizábamos la edición de este libro y de los dos que seguirán». Los editores Julián Lacalle, Víctor Sáenz Díez y José Ignacio Foronda, responsables de Pepitas, y César Sánchez, de Fulgencio Pimentel, han sacado adelante el proyecto 'Todo Rafael

Azcona en La Codorniz' con el convencimiento de que tiene un indudable valor documental por tratarse de quien se trata y por el interés propio de su contenido, germen del personalísimo estilo que después convertiría a Azcona en el mejor escritor del cine español.

«Reivindicar al escritor», como subraya Lacalle, es precisamente su objetivo, y destacar que «aquí nace el humor de Azcona que vere-



Julián Lacalle. :: L.R.

Uno de los mejores guionistas europeos

«Tuvimos la inmensa fortuna de que Rafael Azcona naciera, en 1926, en un pueblo llamado Logroño, y desde entonces no ha dejado de darnos alegrías (si pasamos por alto su fallecimiento en Madrid en 2008).

Está reconocido como uno de los más brillantes guionistas europeos contemporáneos. En su prolífica trayectoria profesional hizo alrededor de ochenta guiones, entre ellos los de películas como 'El pisito', 'El cochecito', 'El verdugo', 'La prima Angélica', 'El anacoreta', 'Belle Époque'... Y aun así, cada vez es más difícil pasar por alto su aportación literaria, a la vista de novelas como 'Los muertos no se tocan, nene', 'Los europeos' o 'Los ilusos', entre otras».

[Nota de los editores]



¿Por qué nos gustan las guapas?

Parece mentira que haya gente tan tonta, pero es así: la otra tarde me preguntó una gente eso, que por qué nos gustan las señoritas guapas. Es lo mismo que si me hubiera preguntado por qué no nos gustan las señoritas feas, pero al revés. Si me hubiera dejado llevar por mis impulsos, cualquiera sabe lo que yo hubiera contestado a la gente esa: mis impulsos pueden llevarme a Soria o a Tegucigalpa. Y, díganme ustedes: ¿qué hace en Tegucigalpa un hombre como yo, que no tengo ni un mal jipi que llevarme a la cabeza? En Soria hubiera sido otra cosa, aunque tampoco tengo absoluta necesidad de ver el Duero: ¿qué le puede decir a un río como ese un tipo que no es poeta? «¡Hola!». «¿Cómo está usted?». «¿Me alegro mucho de

verle tan gordo?»

No me dejé llevar por los impulsos. Bueno, a lo que vamos... No quiero dar la llamada por respuesta; luego la gente dice

que si uno es tonto de capirote y que si parece mentira.

Nos gustan las señoras guapas por varias razones, entre las

cuales no es la más manca la de que uno no se chupa el dedo. No voy a enumerarlas todas; me conformo con referirme a dos: Primero: Porque se parecen a Ava Gardner o a Marilyn Monroe. Segunda: Porque el papá de la señorita guapa se parece a don Alí Khan, o a su riquísimo padre.

La naturaleza, como es tan sabia, suele reunir en ocasiones ambos parecidos: en estos casos, la guapa es una guapísima que quita el hipo y, por tanto, nos gusta tanto que, de tener oportunidad, no vacilamos siquiera ante el matrimonio.

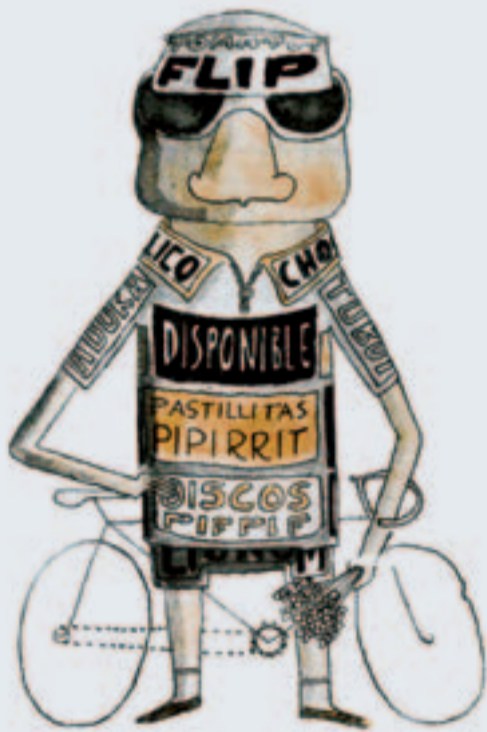
Es posible que algún lector suspicaz –siempre los hay– objete que no todas las señoritas guapas nos gustan por las razones que yo expongo. Si es así, yo me subo a una silla para desde mi pedestal, con gesto castelano, proclamar a los cuatro vientos y aun a los cinco vientos que esas señoritas podrán ser monas, pero no lo que se dice guapas.

La gente esa está servida.

PROF. AZCONOVAN



Rafael Azcona (con americana oscura), fotografiado a las puertas del Retiro en sus primeros años en Madrid. :: L.R.



mos en el cine y en las novelas». «Un humor delicado y cáustico a la vez electriza estas obras, en las que Azcona construye en ocasiones un mundo al revés, siempre gamberro y siempre amable, a la par que comparte con el lector sus divertidas obsesiones: un humor, en el que se hacen patentes las lecturas de Jonathan Swift y de otros clásicos de la irreverencia, y que le permite asomarse a la realidad y, acompañado de una mirada increíble y única, descubrir el deslumbrante brillo de una sociedad completamente gris».

¿Por qué hay gente tan imbécil?

Una gran muchedumbre se congregó el otro día ante la veranda de nuestra Redacción para pedirme una peseta a grandes voces. Después de que, haciendo una gran exhibición de mis facultades oratorias, convencí a la multitud de que yo no tenía una peseta, la multitud, rugiendo como una mula, me conminó a que respondiera a esta pregunta: «¿Por qué hay gente tan imbécil?»

Ya se sabe lo que es un escritor,

y más cuando es un profesor: algo que no puede defraudar a la masa. Aguijoneado por el director y espoleado por un sargento de caballería retirado contratado al efecto, mi vida en los últimos días ha sido algo terrible. Durante horas y horas he rechazado los alimentos ricos en fósforo que a porfía me servían mis compañeros; durante horas y horas he mandado el sueño a la porra: ¿ya tenía que encontrar la respuesta, darle forma literaria y entregarla a las linotipias! Sin poder establecer contacto con mi familia –que es la que tiene el Espasa–, escuchando los feroces

rugidos con que la multitud me apremiaba para que respondiera de una condenada vez –también el gentío estaba deseando marcharse a su casa para discutir con su mujer–, he sufrido cual personaje jovenzuela de serial radiofónico.

Esta mañana, ¡por fin! la luz se ha hecho en mi cerebro. Olvidándome de que estaba de un pachucho que daba asco verme, he irrumpido con gran alegría en el despacho del director y, dando una zapateta, le he entregado el fruto de mis cavilaciones. Mientras él enviaba con un sello de urgencia mis cuartillas a la imprenta, yo,

saliendo del marasmo en que me han metido la vigilia y el ayuno, he comenzado a devorar los papeles, granos de maíz y etcéteras que cubren el pavimento de la Redacción, a la vez que conciliaba cortos y reparadores sueños.

La muchedumbre está de enhorabuena: cualquier día saldrá La Codorniz que trae mis respuesta, y la muchedumbre podrá arrebatarse los ejemplares de las manos de los vendedores, conocer mi aguda opinión e irse a dormir a su domicilio. Menos mal.

PROF. AZCONOVAN